

Misa Dominical

Para la celebración dominical y la pastoral litúrgica

29 de marzo, 5, 9 y 10 de abril de 2020

MD 2020 / 05

ESTE ES EL SACRAMENTO DE NUESTRA FE

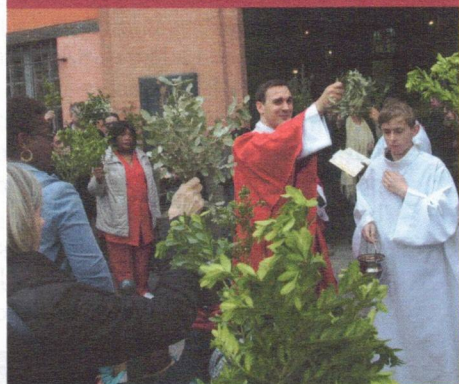
En cada Eucaristía que celebramos, nos invita el sacerdote a proclamarlo: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven Señor Jesús». Aquí está condensado todo lo que celebramos estos días de la Semana Santa y que son el núcleo de nuestra fe y de todo el año litúrgico.

Con el pórtico del Domingo de Ramos, estamos llamados a entrar plenamente en estos días santos en los que contemplamos el misterio pascual de la Pasión, la muerte y la resurrección de Jesucristo. Días en los que vemos muchos contrastes: Jesús aclamado por la gente como el que viene en el nombre del Señor; la Última Cena de Jesús con sus discípulos donde instituyó la Eucaristía, el mayor regalo que tenemos cristianos, su propio Cuerpo y su propia Sangre derramada a favor de nuestro, alimento que nos fortalece y bebida que nos purifica. Ver a Jesús ejecutado, muerto en la cruz delante el pueblo, delante de su madre, que donó a toda la Iglesia; contemplamos el gran silencio del Sábado Santo, donde «duerme el Gran Rey», como nos recuerda una antigua homilía del siglo II. Y finalmente, la gran noche, la madre de todas las vigiliass: repasando toda la historia de la salvación, esperando con las antorchas encendidas, cantamos y proclamamos toda la tierra que Cristo ha resucitado, que ha derrotado el mal, el pecado y la muerte. ¡Alegrémonos!

También nuestra vida nos lleva por momentos de cruz, de soledad, de silencio, de oscuridad. Pero el gran consuelo que tenemos los cristianos es que todo esto no tiene ni mucho menos la última palabra, sino que el gran consuelo que tenemos es que al final Dios vencerá, la vida ganará sobre la muerte, la luz sobre las tinieblas, la gracia sobre el pecado. Realmente Cristo ha resucitado. ¡Aleluya!

También nuestra vida nos lleva por momentos de cruz, de soledad, de silencio, de oscuridad. Pero el gran consuelo que tenemos los cristianos es que todo esto no tiene ni mucho menos la última palabra, sino que el gran consuelo que tenemos es que al final Dios vencerá, la vida ganará sobre la muerte, la luz sobre las tinieblas, la gracia sobre el pecado. Realmente Cristo ha resucitado. ¡Aleluya!

Domingo 5 de Cuaresma / A
Domingo de Ramos / A
Jueves Santo
Viernes Santo



LITURGIA Y PALABRA

En su discurso en la 81ª *Katholikentag* celebrada en Bamberg en julio de 1966, Joseph Ratzinger, respondiendo a algunas objeciones ya planteadas en el momento de la reforma litúrgica, denominada por él «signo de contradicción», afirmó que la originalidad del culto cristiano está en «ser esencialmente anuncio de la Buena Noticia a la comunidad reunida en asamblea y acogida de esta Buena Noticia por parte de la comunidad que responde». Por tanto, *Palabra de Dios dirigida a la Iglesia y palabra de la Iglesia dirigida a Dios*. Él afirmaba además: «Al purificar la Palabra de su carácter ritual para devolverle su carácter de Palabra, la reforma litúrgica logró un acto de importancia decisiva... La Palabra se había vaciado al convertirse en un rito, y la reforma litúrgica no hizo más que poner en valor la verdad de la Palabra y, al mismo tiempo, la verdad del culto de la Palabra».

Este tema del «culto según el *Lógos*», según la ya mencionada expresión paulina «*loghikè latreía*» (Rom 12,1), es apreciado por Joseph Ratzinger, que a menudo ha retomado esta idea con penetrantes precisiones, ya que está convencido —son además sus palabras— de que «la liturgia no consiste en llenarnos con el sentimiento de lo sagrado, por medio de emociones y vivencias, sino más bien en colocarnos ante la espada afilada de la Palabra de Dios (cf. Heb 4,12). Esta no consiste en ponernos en un ambiente de solemnidad y belleza para reco-

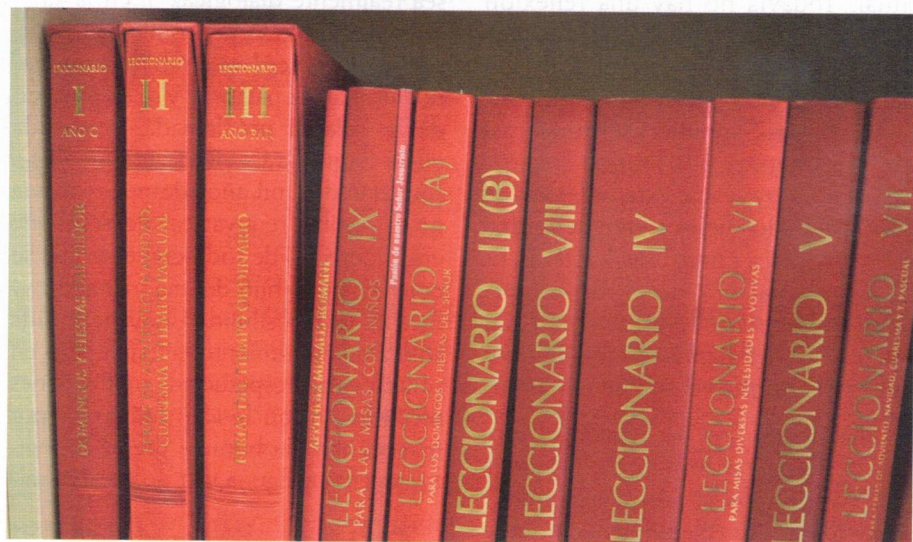
geros y meditar en paz, sino para introducirnos en el "nosotros" de los hijos de Dios». No por casualidad, en la Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* Benedicto XVI, después de haber hablado por primera vez en el magisterio de la analogía *Verbi* (cf. núm. 7), habló de la sacramentalidad de la Palabra (núm. 56); sacramentalidad que debe entenderse en analogía con la presencia de Cristo en la Eucaristía y con la encarnación del Verbo en Jesús de Nazaret.

Por supuesto, la inspiración de estas afirmaciones se puede encontrar de nuevo en Agustín: «*Sacramentum, [id est] tamquam visibile verbum*» («sacramento... como palabra visible», *Comentario al evangelio según san Juan* 80,3). Pero gracias a la comprensión actual de la sacramentalidad de la Escritura, debemos entender de manera diferente la liturgia de la Palabra: ya no como *preparación para la misa* sino como una comunicación de Dios, como parte de la alianza entre Dios y su pueblo. Al aceptar la Palabra de Dios, la asamblea, al igual de lo que sucedió en el Sinaí, ratifica la alianza y promete cumplir lo que ha escuchado: «Cumpliremos todas las palabras que ha dicho el Señor» (Ex 24,3). Se trata de entender que «la Palabra cae en un gesto eucarístico sacramental» y que la Palabra proclamada, predicada, escuchada, hace participar a la asamblea en la acción de Dios, en su *dabar*, Palabra-Evento, que es el misterio revelado y celebrado.

Por tanto, una de las preocupaciones de la Iglesia de un futuro no muy lejano debería ser la adquisición y comprensión de esta cualidad sacramental de la Palabra, sin la cual permanece una patología de una primacía del eco de la Palabra de Dios proclamada y predicada, y no de la propia Palabra. Es Cristo mismo, que «está siempre presente en su Iglesia» (*Sacrosanctum Concilium* 7), quien habla cuando se proclaman las Escrituras que contienen la Palabra; no solo es el Señor quien opera, actúa, crea el acontecimiento de salvación, con una presencia testamentaria que establece una alianza con la Iglesia, su esposa. Por desgracia, ha caído en el olvido un subrayado de la *Ordenación de las Lecturas de la Misa* de 1981, donde una de las tareas de la persona que preside la liturgia se expresa así: «[Él] alimenta la fe de los presentes en la Palabra que, en la celebración, por obra del Espíritu Santo, se convierte en sacra-

mento». La Palabra de Dios viene a nosotros del sacramento de las Sagradas Escrituras que la Iglesia toma en su mano para partir la Palabra misma.

Lo recuerdo una vez más: tenemos que entender la liturgia como una exégesis viviente de la Palabra de Dios y el lugar eclesial de discernimiento y exégesis de la Palabra misma. La liturgia de la Palabra es una cristología verdadera en la que Cristo es el *exeghésato* de Dios (cf. Jn 1,18), actuando el poder del Espíritu Santo. Es en la liturgia de la Palabra donde Cristo es, más que nunca, *Kýrios, Pantokrátor, Omnitens* de las Escrituras, de Moisés, de los profetas y de los salmos (cf. Lc 24,44), ya que los convierte en una palabra, él mismo Palabra de Dios. Como la fracción de pan (Lc 24,35; Hch 2,42), también lleva a cabo la fracción de la Palabra. Entonces, ¿por qué seguimos preocupados por discernir el cuerpo del





Señor, pero no nos preocupamos por discernir la Palabra del Señor? La liturgia es este discernimiento, porque es la Palabra de Dios bajo la forma ritual. Todavía no hay una reflexión adecuada sobre la exégesis litúrgica de la Escritura, olvidando el hecho de que los fieles católicos tienen su contacto con las Sagradas Escrituras casi exclusivamente en la liturgia eucarística: solo a través de esta reflexión se conducirá a los fieles a vivir la verdad del *sacramentum* como *visibile verbum*. Es esencial la Palabra, no el rito aunque también necesario, porque es la Palabra (*dabar*), la Palabra-Acción de Dios que en la liturgia viene y se epifaniza.

Y, finalmente, ¿no ha llegado el momento de buscar formas en las que la Palabra se rompa, se ponga en común y se comparta? Aún manteniendo firme la

presidencia sacramental del presbítero, ¿no podríamos tratar de poner en práctica una respuesta común compartida a la Palabra de Dios, para que la liturgia sea realmente dialógica? Si en la sinagoga de Nazaret era posible que Jesús, que no era sacerdote o rabino autorizado, «tomara la palabra» y se hiciera eco de la Palabra proclamada, contenida en las Sagradas Escrituras (cf. Lc 4,21), ¿por qué dos mil años después todavía no es posible renovar ese derecho que era el derecho de todo creyente que se convertía en «hijo del mandamiento»? Esta es una posibilidad hoy permitida solo a un movimiento eclesial; pero en otras formas, respetuosas con los dones recibidos y con la *táxis* litúrgica, ¿por qué no abrir la homilía presidida legítimamente a alguna voz no presbital?

ENZO BIANCHI

CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE MÚSICA SACRA

Hoy quiero hablar del congreso internacional de música sacra que se ha celebrado el pasado mes de noviembre en el Vaticano, titulado: «Iglesia, Música e Intérpretes, un diálogo necesario». El tema de fondo fue: «La Música religiosa al servicio de la palabra, y sobre todo de la Palabra de Dios».

Nos hizo una magnífica introducción al tema el cardenal Gianfranco Ravasi, presidente del Consejo Pontificio de la Cultura. Un hombre de una vastísima cultura con una fa-

cilidad de palabra y de comunicación impresionantes. Hubo conferenciantes de diferentes lugares. Fue internacional y también se trató la inculturación de la liturgia en las diferentes culturas. Quizá la mejor conferencia fue la de un monje de Montserrat, el p. Jordi-Agustí Piqué. Hay que valorar lo que tenemos en casa.

Imposible resumir toda la riqueza que se expuso. Solo alguna breve idea. La interpretación de una pieza musical es decir lo que no está dicho. El intérprete ha de ir al sentido fundamental del autor con un doble movimiento centrípeto y centrífugo; es decir, ir a lo fundamental del autor, a la pala-

bra, con sentido de historicidad, pero también ir del centro a la periferia, en el sentido de recrear el texto.

El intérprete ha de conocer las particularidades de la música. La verdadera interpretación va más allá de la mera interpretación. Se ha de hacer florecer el texto. Pero siempre tiene

que haber la interpretación espiritual. La liturgia no es solo la de la tierra sino también la del Cielo. En el Santo, Santo, Santo el no-tiempo entra en el tiempo. La palabra sublime de Dios es el

silencio. La persona humana ha de ser la voz del misterio divino. La gloria silenciosa la ha de revelar el hombre. La voz manifiesta alguna cosa de lo trascendente. En la liturgia hay que escuchar, participar y tener empatía, cosa que también se puede hacer en el silencio. La música en la liturgia ha de ser para dar gloria a Dios y santificar a los fieles.

Una bella tarea en la que todos podemos tener un papel importante.

MN. MIQUEL BARBARÁ ANGLÉS

(Publicado en la sección «Pequeña ventana» de la Hoja Diocesana de Tarragona, diciembre de 2019)



La hoja de Semana Santa, dos hojitas y dos carteles más

En esta entrega de *Misa Dominical* adelantamos ya la hoja de Semana Santa para que podáis preparar los horarios de vuestras parroquias y comunidades y difundirlos entre los fieles.

Por otro lado, encontraréis también una nueva hojita, en este caso con la conocida «Oración por la Paz» atribuida a san Francisco de Asís. Esta hojita se ha elaborado también en formato cartel.

Finalmente, hemos publicado también un cartel titulado «¡Cuidemos de la creación!», y su hojita con la «Oración por nuestra tierra» de la *Laudato si'*. Esta hojita se entregará con el número 6 de *Misa Dominical*. Un material más de los que estamos ofreciendo sobre el tema de la ecología.

Esperamos que todos estos materiales sean de utilidad.



Los cantos de Semana Santa

El pasado año agrupamos en hojas verdes las sugerencias para los cantos de los tiempos fuertes para facilitar su uso. Los de Semana Santa puede recuperarlos de su archivo (Año Cristiano, número 53) o, si lo prefiere, puede descargarlos gratuitamente de la página web del CPL (www.cpl.es). Se encuentran, junto a otros materiales, en el apartado «Vida litúrgica» dentro de «Tiempos litúrgicos». También se pueden descargar escaneando el código QR.



<https://bit.ly/2RfXt5y>





¡Reverendo, vaya modales!

Del libro de Mario
Delpini, arzobispo de
Milán, *Reverendo che
maniere!*

Ad modum hominis. Hombres normales

Estoy tentado de pensar que la gente de hoy corre seriamente el riesgo de perder la cabeza. Cambiamos la noche por el día, la verdad por la novedad e incluso a los hombres por las mujeres; los que cometen las injusticias más graves y son esclavos de los vicios más vergonzosos, en lugar de arrepentirse y de intentar corregirse, se vanaglorian de ello y, muy al contrario, lo enarbolan como una bandera.

¿Qué podemos hacer nosotros, ministros del Señor, ante tanta confusión de tantos signos de locura? Por banal que pueda parecer, queremos hermanos e hijos, nuestro primer deber creo que es el de ser personas normales.

[...] Ser personas normales significa estar atentos a los comportamientos que nos hacen personas de confianza y que favorecen una convivencia que frena el caos y que rebaja las tensiones. [...] Está todo el capítulo de las emociones que en nuestro tiempo estallan sin moderación y ofuscan la mente, por las que las ofensas despiertan rencores inextirpables, la impaciencia degenera en violencia incontenible, los afectos desbordan el sentido común. Ser personas normales significa que, aunque te enfades, no pierdes el control hasta

ofender de forma irreparable; aunque seas injustamente criticado, no te deprimas hasta bloquearte en todo y por todo; aunque sientas simpatía por una persona no te la apropias ignorando los compromisos y las leyes divinas. La persona normal sabe reconocer sus propias debilidades, pero no las justifica como si fueran virtudes, sino que intenta dominar y ordenar para bien pasiones y emociones.

[...] Ante la muerte y las dificultades de la vida, los hombres normales no se avergüenzan de llorar, pero no se dejan llevar por la desesperación, porque saben que todos hemos de morir; en los momentos felices los hombres normales festejan muy a gusto las alegrías, pero no se abandonan a los excesos, porque saben que también las fiestas se acaban.

Y nosotros, ministros del Altísimo y sirvientes del Señor, no olvidemos que estamos llamados con todos los hermanos a la santidad perfecta y al compromiso hasta dar la vida, sino que intentamos obedecer al Señor no como improbables héroes o como discutibles exaltados, sino como hombres normales, según la palabra del Señor: «Confía en el Señor y haz el bien: habitarás tu tierra y reposarás en ella en fidelidad» (Sl 37,3).

EL FASCINANTE CAMINO DEL DIÁLOGO

Para llegar al anuncio explícito, para poner a Dios en medio de una conversación normal, primero se debe escuchar. Es lo que hace Jesús. Empezamos por querer ser personas de diálogo fácil y normal. Con esto, Jesús quiere desvelar en la persona la posibilidad de su relación con Dios, a pesar de que sabe que no le será fácil. Con todo, tendrá suficiente ingenio para reconducir pausadamente un proceso que irá en aumento desde la extrañeza a la admiración, y que terminará con la adhesión creyente y el anuncio misionero. Un caso excepcional y paradigmático para aprender un estilo iniciático, el fascinante camino del diálogo.

El referente es el diálogo de Jesús con una mujer samaritana. ¿Cómo se desarrolla este diálogo? Primero, con la normalidad de un diálogo, incluso cuando en la conversación se interponen actitudes insolentes, cuando se sacan a la luz historias olvidadas, conflictos mantenidos o frustraciones no superadas. En este caso es la mujer la que reprocha la enemistad histórica entere dos pueblos –el judío y el samaritano– que reivindican la supremacía de uno por encima del otro. Ante esto, Jesús reconduce en positivo la pregunta y le hace ver que su vida puede estar abierta a un don que desconoce y tomar una orientación decisiva.

Cuando las personas y los pueblos caen en el raquitismo de sus peleas, y se aferran a fijaciones ideológicas, degeneran en la desconfianza y el diálogo se hace imposible. En cambio, cuando nos abrimos a nuevas dimensiones –la dimensión del amor de Dios, la primera, y el amor entre nosotros– somos introducidos en una nueva atmósfera, más oxigenada, más humana, que nos hace respirar de un modo diferente. El diálogo dentro de las familias y en las instituciones sociales, laborales y educativas; el diálogo en las instancias políticas; el diálogo en el interior de los grupos y comunidades, el clima de las reuniones, el ambiente de las celebraciones, el trato con las personas, la visita a los enfermos, la acogida de parejas, la preparación de los sacramentos, encuentros, momentos de oración, de diálogo interreligioso..., todo esto necesita esta pedagogía de Jesús llevada a término con el esfuerzo de hacer de ella una nueva relación dialogal.

Jesús valora la sinceridad, desvela la verdad en su vida e invita a amar de verdad. Ciertamente, todo cambia cuando alguien nos llega al corazón. Entonces, aparece la conversión como respuesta a la llamada de amor que Dios nos hace y el diálogo se convierte en fluido, siempre edificante.

SEBASTIÀ TALTAUVLL ANGLADA

Centre de Pastoral Litúrgica

☎ Nàpols 346, 1 - 08025 Barcelona

☎ 933 022 235 ✉ cpl@cpl.es - www.cpl.es
wa +34 619 741 047

Director de la publicación: Xavier Aymerich

Año LII

Subscription anual: 83,00 €

Precio de cada ejemplar: 5,20 €

Imprenta: Agpograf

ISSN 1887-8202 / D.L.: B.18.369-1975